

SCARLETT ST. CLAIR

el
JUEGO
del
DESTINO

SIREN  BOOKS

SCARLETT ST. CLAIR

el
JUEGO
del
DESTINO

Traducción de
Patricia García Trapero

SIREN  BOOKS

This edition is published by arrangement with Sourcebooks LLC through International Editors & Yáñez Co' S.L.

Primera edición: julio 2023

A Game of Fate © 2020 by Scarlett St. Clair

© de la traducción: Patricia García Trapero, 2023

© de la corrección: Lúgía Boga

© diseño de cubierta: Emily Wittig

© imágenes de cubierta: Jakub Krechowicz/Shutterstock, Damon Lam/Unsplash, marinemynt/rawpixel.com

© de la presente edición: Editorial Siren Books, S.L., 2023

info@sirenbooks.es

<https://sirenbooks.es/>

ISBN: 978-84-126641-6-4

Depósito legal: M-17289-2023

IBIC: FMR

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970/932720447).

Este libro está dedicado a dos de las mujeres más poderosas que conozco, Leslie y Regina, mis motivadoras, mis mentoras, mis hermanas del alma. Gracias por enseñarme mi propio poder. Os amo para toda la vida, os amo para siempre.



Entrada
Océano
Alcíaon

Campos Elíseos

La Caverna

Lago Tártaro

Guarida
de monstruos

Cáritaro

Flegetonte

Bosque
de la Desesperanza

Campos
del Juicio

Prados Asiódos

Celda de los Titanes

Cocito

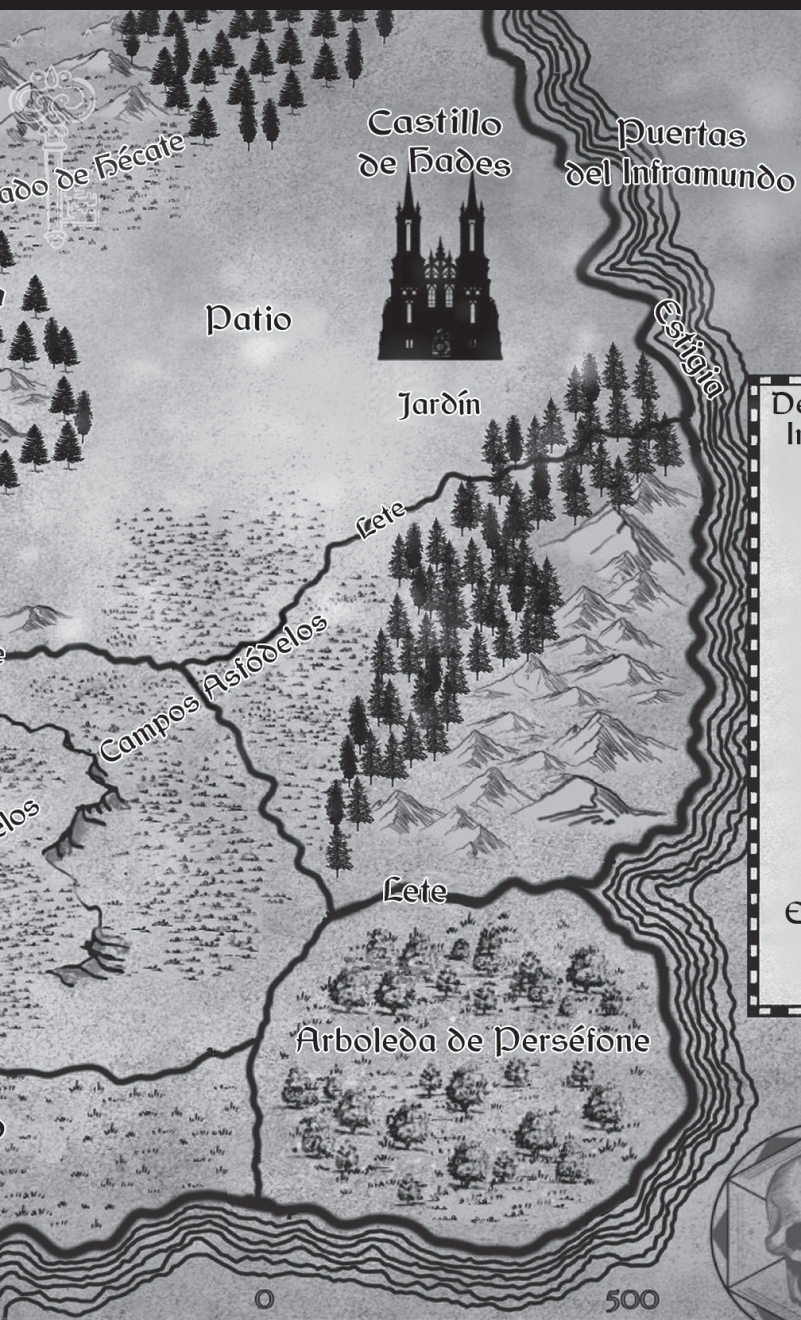
Ciénagas

Flegetonte

Campos del Lianto

Entrada
Cabo Ténaro

Estigia



- Deidades del Inframundo**
- Pento
 - Curae
 - Nosoi
 - Geras
 - Fobos
 - Limos
 - Aporia
 - Algea
 - Hipnos
 - Gaudia
 - Pólemo
 - Erinias
 - Enis
 - Eurynomos
 - Nix
 - Achlys



0 500
KM

EL JUEGO DEL EQUILIBRIO



Hades se apareció cerca de la Costa de los Dioses.

A la luz del sol, la orilla presumía de un agua turquesa y playas blancas y cristalinas, todo ello con un telón de fondo de acantilados, grutas y un monasterio de mármol blanco y verde al que se podía acceder subiendo sus trescientos escalones. Los mortales acudían allí a nadar, navegar y hacer esnórquel. Era un oasis hasta que el sol hacía su ardiente descenso en el cielo.

Tras el crepúsculo, el mal se despertaba durante la oscura noche bajo el cielo estrellado y el océano de luz lunar. Este llegaba en barcos y se movía por Nueva Grecia. Y Hades estaba ahí para neutralizarlo.

Se giró, la grava crujió bajo sus pies, y caminó en dirección a El Corinto, una lonja de pescado que ocupaba una gran extensión de terreno en la costa. La fachada de yeso del almacén se mezclaba a la perfección con la antigua arquitectura que adornaba la orilla, y la hacía parecer desgastada, blanquecina y cautivadora. Una sencilla lámpara negra iluminaba un rótulo con el nombre de la empresa escrito en una tipografía que irradiaba prestigio y poder, unas características admirables cuando pertenecían a lo mejor de la sociedad.

Pero peligrosas cuando pertenecían a lo peor.

Un mortal se movió en las sombras. Llevaba ahí desde la llegada de Hades y no había duda de que pensaba que se había escondido bien. Le debía funcionar con los mortales, pero Hades era un dios, y el dueño de las sombras.

Al pasar por delante, el hombre se movió y Hades se giró, agarrando la mano del mortal con fuerza. Tenía una pistola entre las manos. Hades miró el arma y luego al hombre, y una cruel sonrisa asomó en sus labios.

Inmediatamente después, de las puntas de los dedos de Hades surgieron unas agujas afiladas que se hundieron en la carne del hombre. Su arma golpeó el suelo y él cayó de rodillas con un grito gutural.

—Por favor, perdóneme, milord —le suplicó el hombre—. No sabía quién era.

Hades siempre pensaba que los segundos antes de la muerte de un mortal eran interesantes. Sobre todo cuando se encontraba con alguien así; alguien que mataría sin pensarlo y que sin embargo temía su propia muerte.

Hades lo apretó más fuerte y el dios se rio cuando el hombre tembló.

—Tu muerte no es inminente —dijo Hades, y el mortal lo miró—. Pero tendré una charla con tu jefe.

—¿Mi jefe?

Hades casi gruñó. Así que el mortal iba a hacerse el tonto.

—Sísifo de Éfira.

—É-él no está aquí.

Mentira.

Esa falacia le cubrió la lengua como la ceniza y le secó la garganta.

Hades levantó al hombre por el brazo, con las agujas aún incrustadas en su piel, hasta que sus miradas estuvieron al mismo nivel. Desde ese ángulo, Hades vio que el hombre tenía un tatuaje en la muñeca, ahora atravesado por las agujas, con forma de triángulo que se extendían desde sus dedos.

—No necesito tu ayuda para entrar en el almacén —dijo Hades—. Lo que necesito de ti es utilizarte de ejemplo.

—¿D-de ejemplo?

Hades decidió demostrárselo y le talló dos profundas fisuras en la cara. Mientras la sangre le cubría la piel, cuello y ropa, el dios lo arrastró hasta la entrada del almacén, abrió las puertas de una patada y entró.

Lo que desde la costa parecía un edificio, ahora se asemejaba a un muro, porque en vez de entrar a un espacio cerrado, Hades se encontró en un patio abierto al oscuro cielo. La tierra estaba árida, y en el suelo había grandes estanques con peces. El aire olía a océano, putrefacción y sal. Hades odiaba ese hedor.

Los trabajadores, que iban vestidos con monos negros, se giraron para ver cómo el dios empujaba al mortal sangrante. El hombre se tambaleó, pero se recompuso antes de llegar al suelo. Un hombre se acercaba a Hades, flanqueado por dos grandes guardaespaldas. Iba vestido con un traje blanco y llevaba sus dedos gordos llenos de anillos de oro. Tenía el pelo corto y negro y una barba cuidada y enhebrada con plata.

—Sis, n-n-no ha sido mi culpa —dijo el hombre mientras avanzaba con dificultad—. Yo...

Sísifo sacó una pistola y disparó al hombre. Cayó con un golpe seco. Hades miró el cuerpo inmóvil y luego a Sísifo.

—No mentía —dijo Hades.

—No lo he matado porque te haya dejado entrar en mi propiedad. Lo he matado porque ha ofendido a un dios.

Una exhibición como esa normalmente venía de un súbdito y de esos Hades tenía algunos. Sabía que Sísifo no era uno de ellos.

—¿Es esta tu idea de un sacrificio?

—Depende —respondió el hombre, haciendo crujir el cuello y entregando su arma al guardaespaldas de su derecha—. ¿Lo aceptas?

—No.

—Entonces, era por negocios.

Sísifo se alisó las solapas de la chaqueta y se ajustó los puños. Hades vio que tenía el mismo tatuaje en forma de triángulo en la muñeca.

—¿Vamos? —El mortal le hizo un gesto a Hades para que caminara él primero hacia el despacho al otro lado del patio—. Los divinos primero.

—Insisto —declinó Hades.

A pesar de su poder, nunca estaba dispuesto a dar la espalda.

Sísifo entrecerró un poco los ojos. El mortal probablemente veía el rechazo de Hades a ir primero como una falta de respeto, sobre todo porque mostraba que el dios no confiaba en él. Irónico, teniendo en cuenta que Sísifo había roto una de las reglas de hospitalidad más antiguas —la ley de Xenía— al matar a su competencia tras invitarla a su territorio.

Esa era solo una de sus infracciones que Hades había ido a abordar.

—Muy bien, milord. —El mortal ofreció una fría sonrisa antes de dirigirse a su despacho y los dos guardaespaldas iban detrás de ellos. Su presencia le era graciosa, como si los dos mortales pudieran proteger a Sísifo de él.

Hades pensó en cómo deshacerse de ellos. Tenía varias opciones: podría llamar a las sombras y dejar que los consumieran, o podría someterlos él mismo. La decisión dependería de si quería sangre en su traje.

Cuando Sísifo entró en su despacho, los dos guardaespaldas se colocaron cada uno en un lado de la puerta. Hades no los miró cuando entró.

El despacho de Sísifo era pequeño. Tenía un escritorio de madera maciza de un tono oscuro y estaba abarrotado de papeles. A un lado había un teléfono anticuado y en el otro una licorera de cristal y dos vasos. Detrás de él, el conjunto de ventanas con persianas daba al patio.

Sísifo se detuvo detrás del escritorio. Hades pensó que era un movimiento estratégico, ya que ponía algo físico entre ellos. Probablemente también era donde guardaba las armas. No es que fueran a funcionar contra él, pero Hades existía desde hacía siglos y sabía que los mortales desesperados intentarían cualquier cosa.

—¿Burbon? —preguntó Sísifo mientras descorchaba la licorera.

—No.

El mortal miró fijamente a Hades durante un momento antes de servirse una copa.

—¿A qué debo el placer? —preguntó tras tomar un sorbo.

Hades miró hacia la puerta. Desde ahí podía ver las piscinas e hizo un gesto hacia ellas.

—Sé que escondes droga en tus piscinas —dijo Hades—. También sé que utilizas esta empresa como fachada para moverlas a través de Nueva Grecia y que matas a cualquiera que se interponga en tu camino.

Sísifo miró fijamente a Hades.

—¿Has venido a arrebatarme la vida? —preguntó tras tomar otro sorbo.

—No.

No mentía. Hades no segaba vidas, sino Tánatos. Pero el dios del Inframundo podía ver que a Sísifo le tocaría esa visita pronto. La visión había llegado sin avisar, como un viejo recuerdo: Sísifo, vestido elegantemente, se desplomaría al salir de un lujoso comedor.

Y nunca recuperaría la consciencia.

Y antes de que eso ocurriera, saldaría cuentas con él.

—¿Entonces quieres quedarte con un porcentaje del dinero?

Hadesladeó la cabeza.

—Algo así.

Sísifo se rio entre dientes.

—Quién habría pensado que el dios de los muertos vendría a negociar.

Hades apretó la mandíbula. No le gustaba lo que implicaban las palabras de Sísifo, como si el mortal pensara que llevaba la delantera.

—Como castigo por tus crímenes, donarás la mitad de tus ingresos a los indigentes. Después de todo, tú eres el responsable de muchos de ellos.

Las drogas con las que traficaba Sísifo habían destrozado vidas; la adicción devoraba a los mortales desde dentro y desataba la violencia entre ellos y, aunque no era el único culpable, fueron sus barcos los que

la trajeron a tierra firme y sus camiones los que la transportaban por Nueva Grecia.

—¿No hay penitencia en el más allá? —preguntó Sísifo.

—Considéralo un favor. Te dejo empezar antes.

Sísifo se pasó la lengua por los dientes y luego se rio en voz baja.

—Sabes, nunca te describen como un dios justo.

—No soy justo.

—Obligar a los delincuentes como yo a donar a la caridad es justo.

—Es equilibrio. Un precio que pagas por el mal que esparces.

Hades no creía en erradicar el mal del mundo porque no pensaba que fuera posible. Lo que para uno era el mal, para el otro era una lucha por la libertad, y la Gran Guerra era un ejemplo. Un bando luchó por sus dioses, su religión, y el otro luchó por la libertad de lo que percibían como sus opresores. Lo mejor que pudo hacer fue ofrecer redención para que su sentencia en el Inframundo, con el tiempo, los llevara a los Campos Asfódelos.

—Pero tú no eres el dios del equilibrio. Eres el dios de los muertos.

No serviría de nada explicar cómo funcionaban las Moiras, que se esforzaban por crear el equilibrio en el mundo, así que él permaneció en silencio. Sísifo sacó una caja de metal del bolsillo de su chaqueta y cogió un cigarro.

—Te diré una cosa. —Se llevó el cigarro a los labios y lo encendió. El olor a nicotina inundó la pequeña tienda: ceniciento, viciado y químico—. Donaré un millón y no volveré a violar la ley de Xenía.

Hades se paró un momento y aprovechó el silencio para reprimir la rabia que le provocaron las palabras del mortal, curvando los dedos en un puño. No hace tanto, habría dejado que la furia lo controlara y hubiera enviado al mortal al Tártaro sin pensárselo dos veces. En cambio, dejó que la oscuridad hiciera el trabajo por él. Fuera de la oficina de Sísifo, el dios llamó a las sombras, que se deslizaron por el exterior del edificio oscureciendo las ventanas a su paso.

Hades observó cómo Sísifo se giraba y seguía las sombras con los ojos hasta que se acercaron a los dos guardaespaldas frente la oficina.

Casi en un pestañeo, se deslizaron por cada orificio de sus cuerpos y se desplomaron, muertos.

Los ojos de Sísifo volvieron a Hades y sonrió.

—Pensándolo mejor, tenemos un trato, lord Hades —dijo Sísifo—. Doscientos cincuenta millones.

—Trescientos —respondió Hades.

Hades pudo ver el desafío en los ojos del mortal.

—Eso es más de la mitad de mis ingresos.

—Un castigo por hacerme perder el tiempo —dijo Hades. Se dio la vuelta y se acercó a la salida de la oficina antes de detenerse. Miró al mortal por encima del hombro—. Y yo no me preocuparía por lo de romper la ley de Xenía, mortal. No te queda mucho tiempo.

Tras las palabras de Hades, Sísifo se quedó en silencio. Unos lazos de humo danzaban desde el cigarrillo que tenía entre los dedos. Tras un momento, lo apagó en su bebida.

—Dime algo —dijo—. ¿Por qué? ¿Negociar y equilibrar? ¿Tienes esperanza en la humanidad?

—¿Tú no la tienes? —contestó Hades.

—Vivo entre mortales, lord Hades. Créeme, cuando tienes la oportunidad de inclinar la balanza hacia un lado u otro, escogen la oscuridad. Es el camino más rápido con el beneficio más rápido.

—Y donde tienes más las de perder —dijo Hades—. No me des lecciones sobre la naturaleza de los mortales, Sísifo. Llevo juzgando a los tuyos durante miles de años.

Hades se detuvo frente a la puerta y miró a los dos hombres que yacían a sus pies. No se deleitó en la idea de devolverlos a la vida para que propagaran violencia y muerte ellos mismos, sabía que las Moiras exigirían un sacrificio —un alma por otra— y era probable que escogieran almas que fueran buenas, puras e inocentes.

«Equilibrio», pensó Hades, y de repente odió la palabra.

—Despertad —ordenó.

Y, cuando respiraron bruscamente, Hades desapareció.